

Hoy miércoles 26 de octubre de 2005

La calidad de la educación

JUAN MANUEL GUTIÉRREZ

Me decidí a escribir sobre este tema cuando, charlando informalmente con algunos profesores hace pocos días, y al señalar entre otras cosas que la calidad del servicio educativo dejaba mucho qué desear, mis interlocutores reaccionaron airadamente diciendo que lo de la calidad de la educación era una noción neoliberal, que hablar de la demanda educativa real y potencial significaba analizar la problemática educativa en términos de mercado y esto era otra vez neoliberal, que prestar atención a los índices de reprobación, de repetición y de deserción escolar era una vez más neoliberal, y que con todo ello se estaba haciendo el juego al gobierno federal que todos padecemos y con ello a la perversa influencia del imperialismo norteamericano. El problema es que estas opiniones tan primitivas y poco ilustradas fueron vertidas por profesionales de la educación supuestamente bien formados en sus respectivas escuelas Normales, superiores o inferiores, y que por desgracia también constituyen el pensar (¿será esto de veras pensar?) de las directivas gremiales respectivas que, como al gobierno foxista, también todos padecemos, tengamos o no hijos en la escuela.

Creo que es tiempo ya de que los diversos grupos sociales, entre otros las madres y padres de familia y los profesores de sus hijas e hijos, tuvieran alguna claridad sobre lo que es la calidad de la educación. No voy a dar ninguna definición de diccionario, por lo general de utilidad limitada, pues el asunto no es simple; sin embargo, espero que al terminar estas líneas, todos, escribiente y lectores, tengamos las ideas más limpias y precisas.

Para comenzar, habría que insistir en que la noción de calidad es muy vieja, que se habla de ella desde tiempos inmemoriales (el vocablo y el concepto eran ya ampliamente utilizados entre los griegos), y que se discute sobre la calidad de la educación desde que se habla formalmente de la educación misma, esto es, desde la Edad Media cuando menos. Por lo demás, la noción de calidad educativa cambia de un país a otro e incluso de un lugar a otro dentro del mismo país (de acuerdo con su contexto natural y social), de una cultura a otra (lo que es valorado en una cultura puede no serlo en otra), de un momento histórico a otro (lo que era apreciado en un determinado lugar durante el siglo 18 puede ya no serlo al comenzar el siglo 21), y

de un nivel educativo a otro (las necesidades no son las mismas en la escuela primaria y en la universidad). Incluso cambia cuando aplicamos la noción al estudio del proceso educativo y cuando la aplicamos al análisis de sus resultados y productos. De manera que es absurdo que un grupo o una corriente pretenda apropiarse del vocablo o del concepto, aunque por supuesto pueden imponerles una interpretación, sesgo, desviación o torcimiento. La noción de calidad educativa también cambia al ser aplicada a diferentes sujetos, a sus logros y a su desempeño. No es lo mismo hablar de calidad educativa referida a un sistema educativo como tal que a una escuela, a un grupo escolar, a un docente como profesional o a un alumno en particular.

Para los planificadores de la educación, como para todos aquellos que se interesan en la educación como un sistema, resultan indicadores de legítimo interés aspectos tales como la cobertura del sistema (esto es, hasta dónde llega, geográficamente y en números), la retención (la proporción de alumnos que permanecen de manera regular dentro del sistema), la promoción (¿cuántos "pasan" año, cuántos reprueban?), los índices de aprovechamiento, la preparación formal de los maestros, el equipamiento y la planta física de las escuelas, el tamaño de los grupos escolares, la racionalidad y eficiencia de la gestión escolar, la disponibilidad de buenos materiales educativos, la inversión que se haga por alumno y la duración del año y de la jornada escolares.

Esto es, que para quienes se preocupan por el sistema educativo con una visión panorámica o de conjunto, o por alguna de sus partes (el subsistema de educación primaria, por ejemplo, o determinado sector o zona escolar, o determinada escuela) el sistema o institución de que se trate proporciona un servicio educativo de buena calidad si tiene buena cobertura, esto es, si satisface la demanda real (todo aquel que quiere asistir a la escuela está en ella) y de ser posible la potencial (todo aquel que tenga la edad correspondiente está en la escuela respectiva), si la deserción escolar es baja o nula, si la mayoría o todos los alumnos aprueban sus cursos, si lo hacen con buenas calificaciones, si sus maestros están bien preparados, si el equipamiento y la planta física de las instituciones es satisfactoria, si el tamaño de los grupos escolares es menor a 25 alumnos, si las instituciones están bien dirigidas y la gestión escolar es eficaz y eficiente, si cuentan oportunamente con buenos y suficientes materiales educativos, si la inversión por alumno es alta o cuando menos razonable, y si la duración del año escolar (cuando menos 200 días laborados efectivamente al año) y de

la jornada escolar (de ser posible de seis o siete horas diarias) son adecuadas. Conforme sufran deterioro uno o varios de los indicadores mencionados, el sistema, o la parte que de él se trate, estará ofreciendo un servicio de cada vez más baja calidad. Es claro que esta visión de la calidad educativa está más relacionada con la oferta, con el compromiso y la obligación educativa estatal e institucional.

Hoy viernes 28 de octubre de 2005

Nosotros los profesores (aclaro que yo mismo soy y sigo siendo profesor, lo he sido toda mi vida, desde el primer curso que impartí en 1950) tenemos otra visión de la calidad educativa, que no es contradictoria sino complementaria de la anterior, con la cual por lo demás nadie en su sano juicio puede estar en desacuerdo.

Lo que sucede es que nos fijamos, además de las mencionadas, en otras características para decir que estamos ofreciendo una educación de calidad. Nosotros hablamos de una educación de calidad cuando comprobamos que hemos logrado con nuestros alumnos lo que nos hemos propuesto como educadores, gracias a metodologías para el aprendizaje y la enseñanza que cambiamos y mejoramos de manera sistemática en nuestro diario quehacer de verdaderos maestros y no de meros instructores o amaestradores que nos concretamos dizque a cumplir con los programas oficiales; cuando tenemos evidencias fehacientes de los conocimientos, competencias, habilidades, destrezas y valores desarrollados por nuestros alumnos gracias a su esfuerzo, a nuestro apoyo y trabajo; cuando vemos cómo nuestros alumnos han desarrollado nuevos procesos cognitivos, maneras de pensar, de estudiar la realidad natural y social que les rodea y de la que forman parte; cuando observamos cómo se ha desarrollado la creatividad, el pensamiento crítico, la capacidad investigativa independiente de nuestros alumnos, sus competencias para resolver los problemas que la vida real les presenta; cuando vemos que nuestros pupilos se comunican cada vez con más eficacia y elegancia, que saben leer, escribir, hablar y escuchar con propiedad y entendimiento; cuando comprobamos que participan cada vez más en la vida social de la escuela y de la comunidad, y que son capaces de generar relaciones interpersonales sanas y socialmente productivas; cuando nos percatamos de que cuidan cada vez mejor de su salud física, intelectual, afectiva, social y moral, y que se



preocupan permanentemente por el mejoramiento del medio social y natural del que son parte irrenunciable mientras vivan; que consolidan cada vez con mayor fortaleza actitudes y acciones para la vida democrática, que son cada vez más capaces de tomar decisiones maduras y autónomas, que consideran de manera permanente y sistemática la problemática de género y que defienden los derechos humanos de todas las personas, no solamente los propios; cuando son capaces de ver la relevancia social de lo que han aprendido y siguen aprendiendo, y que consideran siempre las necesidades de las personas, de las comunidades, del país y del mundo; cuando gracias a nuestro trabajo compartido nuestra escuela es realmente una institución sana en la que participan de manera democrática y cooperativa tanto directivos como docentes, alumnos y sus familias e incluso otros

miembros de la comunidad, tengan o no hijos en la escuela; que la vida escolar es interesante y es respetuosa para todos, que es alegre, entusiasta, estimulante, motivadora, demandante, promotora de la productividad en el campo de las ideas y de las acciones, que nos estimula a todos para que desarrollemos y logremos lo mejor de nosotros, que constituimos una comunidad de aprendizaje que cuida de todos sus miembros, y que tenemos una dirección colegiada y democrática que se conduce con eficacia y eficiencia; que sus maestros tenemos una buena preparación inicial que seguimos desarrollando gracias a una preparación en servicio sistemática y al estudio personal e independiente, y que nuestros directivos (directores,

supervisores, jefes de sector, jefes de departamento, directores generales) son también personas preparadas, inteligentes, comprensivas, que ejercen su cargo de manera respetuosa, ética, colegiada y democrática. Conforme marchemos más en esa dirección estaremos impartiendo una educación de mejor calidad, y conforme más nos alejemos de ello estaremos golpeando más y más la calidad de la educación que ofrecemos a nuestros alumnos. Esta noción de calidad de la educación que tenemos muchos de quienes profesamos la docencia involucra tanto lo que nosotros podemos ofrecer como lo que nuestros alumnos necesitan, esto es que aquí quedan involucrados tanto aspectos de la oferta educativa como de las demandas, requerimientos y carencias de aquellos a quienes dedicamos nuestro trabajo.

Como usted podrá ver, amable lector, la calidad de la educación no es una noción que pueda ser acaparada por un gremio, por un gobierno o una corriente de opinión; la calidad de la educación, como tal, no es un concepto neoliberal, como tampoco lo es

socialdemócrata, agustino, senderista o kantiano. Tiene matices, tiene interpretaciones varias, puede apuntar en direcciones diversas, pero tiene que ver básicamente con algo que a veces perdemos de vista: la calidad intelectual, moral, cultural y profesional de las personas responsables de ella.